



El vacío soberano

En EL SOCIALISTA hemos leído un artículo del venerable veterano Pablo Iglesias titulado «La alegría del jefe del Estado». ¿Alegría? ¡Ay, amigo Iglesias, qué error! Alguna vez hemos dicho, y lo hemos repetido según nuestra táctica, que los reyes cuando se aburren se aburren soberanamente y que no hay peor aburrimiento que el aburrimiento soberano.

Dice nuestro Iglesias:

«¿Cómo explicar ese buen humor, esa alegría, esa gana de holgorio del jefe del Estado cuando el país está abrumado con tanta desdicha? ¿Es que no las conoce? Eso es imposible, porque la mayoría de ellas tienen su origen en el poder personal por él ejercido. ¿Es que no le preocupan? ¿Es que le importa un bledo cuanto sufren o puedan sufrir los ciudadanos víctimas de aquellos males, y que sólo está atento a realizar lo que le complazca y regocije? Eso parece ser. Mas si es así, no habrá de extrañar que el odio que exista ya contra el régimen monárquico se avive y centuplique.»

¿Regocijarse? ¿Regocijo? No, sino más bien olvidar. Distraerse o divertirse en el más estricto sentido. Divertir, apartar o desviar el ánimo de lo que puede acongojarle. O acaso aturdirse. Todo menos alegría. En esas diversiones no hay alegría alguna. Una cacería, con los deportes azarosos que suelen acompañarles—los naipes suelen ser tan necesarios a los cazadores como las escopetas—no es siempre cosa alegre.

Luego nuestro Iglesias habla de «ansias de distracción y de recreo». ¿Recreo? No todos son capaces de recrearse, de volverse a crear. ¿No, recreo no, aburrimiento! Y aburrirse es lo mismo que aborrecerse.

Termina nuestro Iglesias su artículo:

«Seguirán, por tanto, las cacerías regias; continuará el tiro de pichón; habrá carreras de caballos, y regatas, y excursiones a Deauville o a otro punto veraniego semejante. Habrá, en fin, alegría, mucha alegría para el jefe del Estado. Pero habrá también un ansia tremenda, un deseo cada vez más grande, en lo más sano de la nación, a realizar un acto que obligue a tan alegre personaje a divertirse dondequiera, menos en tierra española.»

Divertirse puede ser, pero alegrarse... No, hagámosle la justicia de creer que no se alegra, que no puede alegrarse. Y que no es un personaje alegre. Ninguno de los reyes españoles de la Casa de Austria ni de la de Borbón se ha distinguido por su alegría. Algunos, como Felipe IV y Carlos II, eran monstruos de aburrimiento. Carlos IV, el Cazador cazado, iba casi todos los días a caza para divertirse de María Luisa y de Godoy. Acaso los alegres fueron Isabel II y Alfonso XII. Aunque hay aparentes alegrías que no son sino diversiones del aburrimiento soberano.

Pascal, que era un formidable psicólogo, decía (en su Pensamiento 139) que si a la realeza se la deja sin diversiones y que considere y reflexione sobre lo que es caerá por necesidad en las visiones que le amenazan, de revueltas que pueden ocurrir, de la muerte y de las enfermedades inevitables, de suerte que si él (el rey) está sin lo que se llama diversiones, helle desgraciado y más desgraciado que el menor de sus súbditos que juega y se divierte. Y añade estas tremendas palabras: «El rey está rodeado de gentes que no piensan más que en divertir al rey e impedirle que piense en sí. Porque es desdichado, por muy rey que sea, si piensa en ello». Y en otro Pensamiento, el 142: «Que se haga la prueba; que se le deje a un rey enteramente solo, sin satisfacción alguna de los sentidos, sin cuidado alguno en el espíritu, sin compañía, pensar en sí a sus anchas, y se verá que un rey sin diversiones es un hombre lleno de miserias. Así se evita esto cuidadosamente, y no falta nunca de cerca de los reyes gran número de

gentes que velan por hacer sacudir las diversiones a sus quehaceros y que observan todos el tiempo de su ocio para procurarles placeres y juegos, de suerte que no haya hueco, es decir, que están rodeados de personas que tienen un cuidado maravilloso de tomar en cuenta que el rey no esté solo y en estado de pensar en sí, sabiendo que será miserable, rey y todo como es, si en ello piensa». Y en otro Pensamiento, el 386: «Si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, creo que sería casi tan dichoso como un rey que soñara todas las noches, durante doce horas, que era artesano.»

Víctor Hugo escribió un drama trágico, titulado «Le roi s'amuse» (El rey se divierte) de donde se sacó la ópera «Rigoletto»; pero lo mismo pudo titularse «Le roi s'ennuie» (El rey se aburre), y eso que Francisco I de Francia parece que sí, que era alegre.

El menor de los súbditos del rey juega y se divierte, según Pascal, y al rey tienen que divertirle los cortesanos. Y él se divierte con ellos y en todos sentidos.

Lo malo es cuando esa diversión degenera en deporte. Porque así como en pedagogía no hay nada más peligroso que enseñar jugando porque se acaba jugando a enseñar y haciendo de la enseñanza un puro deporte, así nada hay peor que reinar jugando porque se juega a reinar. Y se juega al imperialismo. Que es la esencia de la frivolidad.

Frívolo es el médico que juega a curar, el piloto que juega a dirigir la nave, el juez que juega a juzgar, el soldado que juega a guerrear y hasta el jugador que juega a jugar. Porque el juego mismo es cosa muy seria. Frívolo es el rey que juega a reinar, o que juega a la conquista. ¡Y hasta se ha dado el caso de rey que ha apostado por el suceso de una empresa en que empeñó la sangre y la fortuna de sus súbditos!

Nuestro amigo Iglesias, encendido su vida toda en una empresa de pasión y de seriedad, no debe de saber lo que es el aburrimiento. Acaso la desesperación, pero el aburrimiento no. Y menos lo que es el fatídico, el trágico, el vindicativo aburrimiento soberano.

¡Alegría! La alegría no habita en palacios regios. Además, de un hombre alegre no hay que temer nada. Lo temible es lo que se hace por mafar el aburrimiento. Hay pueblos que llenan con sus ruinas el vacío soberano. Y si la vida es sueño la realeza es pesadilla.

Miguel DE UNAMUNO

(De España.)

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CC-BY-SA